

ron, y con cortantes hachas tumbaron el árbol, y lo dezmenuzaron, y encendieron una hoguera con su leña.

El humo azul subía en espirales undosas al cielo como una inmensa columna, y los vientos orientales que se desataron entonces desparramaron el humo como velo fúnebre por el firmamento; y el sol podía mirarse á través de él como un inmenso disco ensangrentado, y me pareció que la tierra temblaba.

Y yo, Aben Jacob, hijo de Esra Icabod el de Gabu, caí con el rostro en el suelo y lloré amargamente; y este fué el primer tiempo.

Y cuando me alcé de la tierra vi otra escena más dolorosa todavía.

El árbol malo había echado fruto, y los hombres cogieron de él, y lo exprimieron en copas; y brillaba el zumo al caer como rubíes al rayo de la luz, y su fragancia era tanta que dejaba embalsamado alrededor el ambiente.

Y convidaron á todos á beber de ese vino.

Los jóvenes corrían desalados y no se saciaban de beber.

Y los mismos padres llevaban de la mano á sus hijos, y los entregaban á esos hombres para que les diesen á beber del vino del árbol malo;

Y madre hubo que acudió con el suyo corriendo presurosa, temiendo que no alcanzara para él.

Los sacerdotes gritaban en vano que el vino aquel, gustosísimo al paladar, quemaba las entrañas y despertaba el orgullo de la razón, la concupiscencia de la carne y la ambición que no conoce límites ni modo;

Pero los padres de los niños estaban como tontos, que no entendían lo que se les decía, y como sordos que no oían la voz que venía de la ciudad de las Siete Colinas.

Y á poco empezó á hacer su efecto el vino, y todos estaban embeodados.

Y los jóvenes y los hombres corrían regocijados entre la muchedumbre de las gentes, de aquí para allá, y se oían sus gritos, y sus risas y sus palmadas;

y su alegría era como la de un triunfo.

Y cantaban canciones cuyo estribillo recomendaba seguir el placer como el fin del hombre y evitar el dolor, en lo que cifraban la felicidad suprema.

Y cuando cesaban los cantos, oradores subían á tribunas improvisadas, y desde allí arengaban á las gentes en las plazas públicas y en los cantones de las calles;

Poniendo encima de todo á la razón humana, blasfemando de Dios, negando el poder de la Providencia y todo lo sobrenatural, y la existencia del alma y del infierno y del pecado;

Y corrieron luego, y echaron mano de los sacerdotes que se oponían á la orgía, y los arrastraron de los cabellos por el suelo, y los degollaron allí al pie del altar, que quedó salpicado con la sangre de su martirio.

Y el mismo altar cayó á los golpes redoblados de la pica; y en los cálices consagrados bebieron del vino del árbol, y lo dieron á beber á mujeres desvergonzadas que bullían entre los asesinos, sueltas las vestes, desordenados los cabellos, y que danzaban al són de cantares lascivos.

Y pronunciaron al fin el decálogo tan ponderado como panacea que cura todos los males sociales: la abolición del matrimonio y la comunidad de las mujeres y de las riquezas, la extinción de todo culto, el imperio absoluto de la razón humana en lo moral, y la anarquía ó la ausencia de todo gobierno en lo político.

Pero he aquí, que cuando parecía que debían empezar á gozar de su triunfo, se vieron señales ominosas en el cielo: la luz del sol caía rojiza como cuando brilla el astro al través de la humareda de un incendio; de los huecos de los montes salían fúnebres ruidos, y la consternación se apoderó de todos los ánimos, y había espantos súbitos, y terrores sin causa conocida que hacían estremecer los corazones.

Y después vi encenderse repentinamente una contienda entre los hom-

bres y los jóvenes, y se mezclaban unos con otros arremolinados, como se ven los gusanos de un cadáver despojado ya de carnes revolverse confundidos y devorarse unos á otros; y á veces peleaban callados, y no se oía entonces más que el jadeo anhelante de los pechos. Los brazos subían y bajaban sin ruido, y sólo el relámpago que hacían los puñales deslumbraba los ojos.

Otras veces se oían descargas de fusiles, y deprecaciones y gritos de blasfemia y de insulto, y cuando se alzaba la nube de humo se veían tendidos los cadáveres y los cuerpos de los moribundos entre un lago de sangre.

Eran los discípulos que peleaban contra los maestros, y los arrollaban, y los vencían, y los aniquilaban.

Y pasada la lid hicieron una inmensa pira con los cuerpos de todos los muertos y los de los heridos, tan alta como la torre de una catedral y tan ancha como el espacio que arañan los buques en dos días.

Y le prendieron fuego por todos cuatro costados.

Y el humo que salía de ella era espeso y negro y de un hedor insoporable.

Y los vencedores, discípulos de los vencidos, se estaban en rueda mirando arder la pira regocijados y contentos.

La Revolución había devorado sus hijos;

Y este fué el segundo tiempo.

3908

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD.

He aquí tres palabras que parecen modernas, cuando no son sino muy antiguas; se las ha disfrazado de revolucionarias, cuando en el fondo son únicamente cristianas; se las ha llamado con énfasis el dogma nuevo, cuando en realidad fueron siempre la base y la esencia del dogma viejo. Muy antes de que la Revolución adornase con ella sus famoso triángulo, las

había ya leído el mundo entero en los tres brazos del árbol de la santa cruz. En esto, como en tantas otras novedades del siglo, no hay progreso, conquista, invención, ni otra alguna de las mil zarandajas que se nos vienen ponderando todos los días: hay pura y simplemente una falsificación. El Diablo, ha dicho con gráfica frase un gran Padre de la Iglesia, es la mona de Dios, *simia Dei*: por lo mismo las obras satánicas son siempre un remedo, una parodia de las obras divinas. ¿No les oís á sus corifeos llamarse á sí propios redentores de la humanidad? ¿No les veís tan huecos con lo que llaman su misión, su sacerdocio? ¿No os han hecho reír los calificativos de sagrada, de santa, de sacrosanta con que condecoran la más infeliz de sus diabluras? Parodia, vil parodia.

Volviendo, pues, á mi primer tema, es lo cierto que el primero que declaró libres, iguales y hermanos á los hombres fué Jesucristo, y no sólo los declaró tales, sino que con su ejemplo y con su ley les enseñó á serlo de veras, con lo cual vean mis lectores si es ó no cosa suya el lema de libertad, igualdad y fraternidad.

Hé aquí lo que con toscas y mal trabajadas razones, pero con gran fondo de verdad y de buen sentido, decíame pocos días há un hijo del pueblo, Anton, amigo mío, católico de corazón y trabajador por más señas. Era sábado aquel día y acababa de anochecer, y venía mi hombre de su fábrica, (es decir de la de su amo) contento y satisfecho con el jornal de la semana que acaba de cobrar; su cías aún las manos y gracienta la blusa de recio algodón azul; sereno el semblante, en que se reflejaba la serenidad de la conciencia; alta la frente y firme el andar, como quien no tiene de qué avergonzarse. Emparejé con él, porque has de saber, oh lector, que me honro con tales amistades, y en seguida fué rodando la conversación sobre los asuntos del día, quién no se

Cor 12.17. 1.2 2 f. 6. 7
 Bos. febrero 12 1.874 How IX #35 Sala 3-11379 p.549

ocupa de ellos? hasta venir á caer en las palabras que habian de darme pie luego para este artículo.

—Claro, señor mio, claro, me decia el buen trabajador, arqueando las cejas y acariciando repetidas veces su bigote y perilla negros como el azabache. No temen á Dios, ni observan su ley, ni aman á sus prójimos, cómo han de ser libres? cómo han de ser iguales? cómo han de ser hermanos? Ignorante soy y no alcanzan muy allá mis pobres filosofías; pero sólo con tener como cada hijo de vecino un poquito de lo de aquí y de lo de aquí (y con la mano señalaba respectivamente la frente y el corazón), he caído en la cuenta de que únicamente con el catolicismo puedo poseer la libertad, igualdad y fraternidad que tantos y tantos andan por ahí buscando, sin lograr más que romperse los cascos y, lo que es peor, perder el alma tras ellos.

Porque aquí donde usted me ve, amigo mio, soy el hombre más libre de la tierra. Se rie usted? Pues sepa que lo digo con toda formalidad. El catolicismo me ha enseñado á venerar la ley humana (cuando no se opone á la divina), no como capricho de un hombre sino como ordenación de Dios. Por esto cuando obedezco á una autoridad terrena, llámese Alcalde, Rey ó república federal, si esta autoridad terrena no se opone á la del cielo, tengo la altivez de creer que no obedezco á ella sino al mismo Dios. Y si me manda cosa que se oponga á lo que manda Dios, tengo la altivez de negarle mi obediencia, aunque me cueste la vida. Desafío á que se me enseñe otra libertad más noble é independiente que esa que me enseña el catolicismo. Además, como sé que la ley de Dios no sólo me obliga en lo exterior, sino que alcanza hasta los actos más secretos de mi conciencia, pongo especial cuidado en no faltar en lo más mínimo, ni aún en un mal deseo. Por donde hago siempre lo que quiero, oiga usted: hago siempre lo que

quiero, porque nunca quiero más que lo que debo, y cumplo siempre mi soberana voluntad, porque cuido de que mi soberana voluntad no se aparte nunca punto ni coma de la voluntad de Dios. Dígame usted ahora, señor mio, ¿quién tiene más derecho que yo para echar la gorra al aire y gritar con todos mis pulmones: Viva la libertad?

—Cierto, repuse; y habeis expresado á vuestro modo lo mismo que ya en la antigüedad dijo un cierto filósofo, de cuyo nombre no me acuerdo: "La verdadera libertad está en ser esclavo de las leyes." Si el tal hubiese sido católico, hubiera cambiado un poquito la frase, y hubiera dicho: en ser esclavo de la ley de Dios. Cáspita! que tenéis razón!

—Pues, por lo que toca á la igualdad, continué mi amigo, tengo no sé si le llame el orgullo de crearme igual á los más altos, sin que esto me impida la humildad de crearme igual á los más bajos; porque profeso la máxima cristiana de que todos somos iguales ante Dios. La corteza es lo que aquí nos distingue un poco; la corteza exterior hace de aquel un magnate y del otro un mendigo; pero mi fe me enseña que las almas son todas de una misma jerarquía, sin que valga más la del sabio que la del rudo, ni ménos la del obrero que la del Emperador. En el juicio de Dios no hay otra distinción que la de buenos y malos, y allí tiene magnífica aplicación aquello hoy tan flamante y tan democrático, de que cada uno es hijo de sus obras. Y aun tengo para mí que á los pobres se nos han de guardar algunas consideraciones que tal vez no se guarden á los poderosos; porque, francamente, al ver que Cristo nace pobre en un portal, y trabaja pobre como yo en un taller, y muere pobre más que yo en una cruz, se me figura que allá en el fondo de su Corazón bondadosísimo debe de guardar todavía en favor de los pobres y de la pobreza muy especiales simpatías. No sé quién ha dicho que los po-

bres son la aristocracia del cristianismo. Casi, casi me siento orgulloso de pertenecer á clase tan privilegiada. Pero de todos modos es lo cierto que la Iglesia no me da á mí otro bautismo que al noble, ni al pie del altar se me dan otros Cuerpo y Sangre de Cristo que los que se dan á mi vecino opulento. Mi mujer y yo hemos recibido igual bendición nupcial que la que reciben los Príncipes, y cuando nos acercamos á los pies del sacerdote para confesar nuestras culpas, á los reyes y á nosotros nos manda decir la Iglesia las mismas palabras de humildad: Yo pecador, yo pecadora.

Y en cuanto á lo de la fraternidad, aquí sí, vive Dios! que siento subirme toda la sangre á la cabeza. Fraternidad! fraternidad! ¿Y qué derecho tenéis, les digo yo á veces, para tomar en boca esta palabra? ¿Qué hacéis por vuestros hermanos? ¿Qué hospitales, habeis alzado? ¿Qué hospicios manteneis con vuestras limosnas? ¿Qué pobres visitais? ¿En qué pasais vuestros domingos, en el café y en el garito, ó á la cabecera del enfermo? ¿A qué sociedades benéficas pertenecéis? ¿Sois de la Caridad cristiana y de san Vicente de Paúl? ¿Cuánto suman al fin del año vuestras limosnas? Infelices! Para aliviar una pública calamidad no sabeis acudir á otro expediente que al de un baile ó una corrida de toros en beneficio de las víctimas! Hasta para hacer bien á los necesitados, necesitais el estímulo de la diversion. Bien hacéis en llamar á todo eso filantropía, que es palabra pagana. Nuestra fraternidad, que es la del catolicismo, tiene un nombre más hermoso porque es hija del Corazón de Jesús: se llama Caridad. Y por caridad no nos divertimos, sino que nos privamos de diversiones, y nos imponemos sacrificios, y arriesgamos hasta la vida. Y esto se hace todos los días entre los verdaderos hijos de nuestra santa religion, porque sólo en ella se enseña y se practica la verdadera fraternidad. Decidme si no, ¿á dónde acu-

den los pobres á pedir limosna, á la puerta de vuestros clubs, ó á la puerta de nuestras iglesias?

No hubiera acabado sus razones mi compañero trabajador, segun el tono de firme convicción con que se expresaba, ni me causara yo de oirlas si no hubiésemos llegado ambos á una encrucijada en que fué preciso separarnos. Calle arriba venia subiendo en tropel una turba de mozalbetes cuyos cantares obscenos, que salpicaban de horribles blasfemias, me obligaron á abreviar la despedida. Estrechéle cálurosamente la enllosa mano á aquel hijo del jornal, bajo cuyo vulgar aspecto se ocultaba un verdadero filósofo, porque era un buen cristiano. Doblé presuroso la esquina huyendo de la algarazca escandalosa que se aproximaba. "Qué lástima! hube de exclamar para mí, ¿por qué no han de comprender todos los trabajadores, como mi amigo Anton, la verdadera libertad, la verdadera igualdad, la verdadera fraternidad?" — F. S. y S.

UNA LIBRE-PENSADORA.

El sabio y piadoso Boyer, Director de la Sociedad de San Sulpicio, fué interrumpido un día en sus meditaciones por una señora que dirigiéndole la palabra le dijo:

—¿Sabe V., padre Capellan, que soy incrédula, libre-pensadora, y que tocante á religion nada creo?

—V. creerá no obstante, señora, en la existencia de Dios, replicó el reverendo Boyer.

—En cuanto á la existencia de Dios, pase; con todo, si existe, no se ocupa de lo que sucede aquí abajo.

—¿Cree V. señora en la inmortalidad del alma?

—Sí; más no en el infierno.

—Admite V. una revelacion?

—Oh! no: la revelacion y cuanto se dice de ella no es mas que una fábula.